

Connotación de Fernando Ortiz en el proceso de identidad cultural cubana

Vivian Cherdys Noblet Valverde

La identidad en cualquiera de sus aristas constituye el ser y el sentir propio de cada hombre, es lo que nos hace tan especial ante los demás, es nuestra razón de ser cubano. Lo que les proponemos es un análisis filosófico integrador crítico desde el presente. Sentirse identificado con su país es una muestra de que se siente y padece por él, que se siente amor por su tierra.

Para su formación es indispensable la existencia de una conciencia comprometida por los integrantes de una sociedad, por quienes poseen rasgos afines, valores, necesidades y modos de vida que los distinguen de otras sociedades. Su contenido esencial es la cultura. Tiene una historia de gestación y desarrollo cuyo inicio se remonta a la época en que los habitantes de Cuba reflexionaron en relación con el sentido de pertenencia diferente al español.

Este esquema pervivió hasta finales de la década de 1920, cuando un grupo de intelectuales de la sociedad —inmersa en un proceso de desintegración nacional y pérdida de la soberanía—, se dieron a la tarea de crear un imaginario colectivo en el que la cultura afrocubana comenzó a ser valorada como un aporte más de la cultura cubana. Entre ellos se encontraba Fernando Ortiz, cuya obra estuvo enmarcada dentro de las ideas más avanzadas de un proyecto cultural ajeno a las élites, con profunda raíces populares y alto nivel científico de acendrado humanismo.

Si la filosofía es actividad humana que tiene por objeto resolver problemas humanos. En nuestra circunstancia, la tarea principal de la filosofía consiste en plantearse y resolver el más humano de nuestros problemas: la identidad de nuestro ser¹.

¹ Alejandro Serrano: "Prolegómenos a una teoría del ser latinoamericano", *Anuarios de estudios latinoamericanos*, no. 17, 1985, p. 20.

La identidad no se forja en la imitación de lo extraño, ni con la copia mimética de las influencias extranjeras². Es un proceso dialéctico de afirmación, negación y creación que enmarca una realidad histórica concreta por sujetos reales y actuantes. Se forma en nuestro actuar diario, a la cual se incorporan elementos positivos y negativos. Nos hace diferente ante otras personas y, a la vez, iguales en nuestra nación, ya que cada una tiene su identidad nacional.

La cultura como proceso y resultado de la actividad práctico-espiritual deviene grado cualitativo de universalización del hombre y de su obra, a tal punto que lo reproduce en calidad de sujeto, humanizando la naturaleza y haciendo historia³.

Su función integradora dimana del hecho de que la producción social, siendo la producción de las condiciones materiales de vida del hombre, de sus relaciones y su conciencia es, al mismo tiempo, su auto-producción, lo que existe no como rama independiente y aislada de la actividad humana, sino como forma de la propia producción material espiritual⁴.

La cultura cubana en su génesis se forjó en un proceso de transculturación, cuyo componente negro es fundamental para su comprensión, en la medida en que se ha insertado en la sociedad en totalidad devenida síntesis: la cubanidad. Por los sentimientos nacionales y la autoconciencia nacional pasan todas las realidades de una nación o pueblo, las que forman su amor patrio. En esta expresión de identificación absoluta con su país, la identidad nacional adquiere su máxima expresión y las garantías de preservación, defensa y desarrollo. El amor a la patria sintetiza en su expresión concreta los sentimientos nacionales y la autoconciencia de un país en un nivel tal que todo se subordina a un ideal supremo: "Cubanidades" la calidad de lo cubano, o sea su manera de ser, su carácter, su índole, su condición distintiva, su individuación dentro de lo universal"⁵.

Aseveraba Ortiz que cubanismo, como clasificación sociológica, psicológica o etnográfica podía entenderse como el giro o modo propio de

² Leopoldo Zea: *América en la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 12.

³ Federico Engels y Carlos Marx: *La ideología alemana*, Editora Política, La Habana, 1980, p. 72.

⁴ V. Mezhúiev: *La cultura y la historia*, Editorial Progreso, Moscú, 1980, p. 116.

⁵ Fernando Ortiz: *Estudios etnosociológicos*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p. 32.

hablar, es carácter; aún fuera de su lenguaje, se entiende también como la tendencia o afición a imitar lo cubano, a quererlo o servirlo. No puede asumirse como una tendencia ni como un rasgo, sino como un complejo de condición o calidad, como una específica cualidad de cubano. Hay varias maneras de serlo, en lenguaje general y corriente: por residencia, por nacionalidad o por nacimiento.

¿Qué realmente identifica a la cubanía? Un espíritu, una voluntad, una conciencia, un gusto, una mentalidad de las cuales todos somos copartícipes, más que un territorio. Se puede no haber nacido en Cuba y ser profundamente cubano si asumes todo esto. La cubanía es una expresión de una calidad propia.⁶

La cubanidad no compendia simplemente la tierra donde se nace ni la ciudadanía política que se goza y a veces se sufre. Es más que eso. Es defender nuestros ideales y principios, es demostrarle al mundo qué es lo que sentimos, lo que queremos, quiénes somos y de qué estamos hechos, en síntesis, lo que nos hace especial y únicos.

Sin embargo, no hay una raza cubana, raza pura no hay ninguna. La raza no es sino un estado civil firmado por autoridades antropológicas, pero ese estado racial suele ser tan convencional y arbitrario y a veces tan movedizo como la nacionalidad. La cubanidad es condición del alma, es complejo de sentimientos, de ideas y actitudes, es amor a lo que se tiene.

La herencia cultural de los pueblos de África en la formación histórica de la cultura cubana, sin distinción de matices epiteliales ni resabios protagónicos de una u otra etnia, constituye un hecho sustancial e imprescindible para el conocimiento de la diversidad de manifestaciones que hoy la conforman, asimilada como una identidad cultural cambiante y distinta cualitativamente de sus componentes indígenas, hispánicos, africanos y chinos originarios, así como de otros inmigrantes llegados en pleno siglo XX de diversos países.

El aporte del negro africano a la cubanidad no ha sido escaso. Contribuyó con su inmensa fuerza de trabajo a la incorporación económica del país a la civilización mundial, además su pugnacidad libertadora, que franqueó el advenimiento de la independiente patria pero, sobre todo, en

⁶ Fernando Ortiz: “¿Afrocubanía?”, 2011, p. 18, disponible en <http://www.fundacionfernandoortiz.org>

tres manifestaciones: en el arte, la religión y en el tono de la emotividad colectiva.

La analogía propia del negro y su alma, siempre en crisis de transición, penetran en la cubanidad por el mestizaje de razas y de cultura, embebiéndola de esa emotividad jugosa, sensual, retozona, tolerante, acomodaticia y firme que es su gracia, su hechizo y su más potente fuerza de resistencia para sobrevivir en el constante error de sinsabores que ha sido la historia de este país. Su integración del criollo al sistema representacional de un cuerpo de creencias bien estructurado, y su permanencia en el mismo demuestra, además, una aspiración metafísica trascendente de un grupo humano que pretende conservar, de manera dialéctica, su identidad, en condiciones críticas de subsistencia; desde la resistencia, hasta su consolidación como elemento de la cultura popular en el nuevo etnos, en la nueva conciencia colectiva que lo reinterpreta y asume, lo reactualiza y libera.

Hay cubanos que, aún con tales razones, no quieren serlo y hasta se avergüenzan y reniegan. En ellos la cubanidad carece de plenitud, está castrada. “[...] son precisas también la conciencia de ser cubanos y la voluntad de quererlo ser [...] esa plenitud de identificación consciente y ética de lo cubano”⁷ Afirma Ortiz, “[...] pienso que para los cubanos habrían de convenir la distribución de la cubanidad, condición genérica de lo cubano, y la cubanía, cubanidad plena, sentida, consciente y deseada, cubanidad responsable, con las tres virtudes teologales de fe, esperanza y amor”⁸

La cultura cubana, en su desarrollo histórico, no solo se ha nutrido de sus elementos originarios, o sea de sus raíces, sino de su potencialidad creadora y reproductoras que generaron una nueva fuente nutricia, de las decenas de generaciones nacidas en Cuba y que han sido capaces, primero, de tomar conciencia de sí como pueblo a partir de su existencia previa y de una tradición por transformarse en pueblo para sí, dueño de su entidad y de su futuro.

No puede comenzarse a estudiar el proceso de formación de la nación cubana a partir de una definición conceptual, ni de los elementos

⁷ Colectivo de autores: “Los factores humanos de la cubanidad”, en *Ética y sociedad*, conferencia ofrecida por Fernando Ortiz a los estudiantes de la fraternidad Iota-Eta en la Universidad de La Habana [tabloide], 1939 p. 10.

⁸ *Ibídem*, p. 11.

de superficie que presenta toda historia. Se trata de todo lo contrario, es decir, de penetrar en las figuras del proceso real que, como un cuerpo vivo y transformado a través de los siglos produce esa realidad cambiante e inacabada que constituye la cubanidad. Pero una nación adquiere sus perfiles propios solo a partir de las características del pueblo que la compone. Por ende, a través de la comprensión de los distintos períodos por los que atraviesa el pueblo, podemos entender este proceso de formación de lo cubano.

Sin embargo, el proceso de formación de la cultura nacional no podía entenderse al margen de la contribución africana, de profundo arraigo popular. Fue Fernando Ortiz quien supo quebrar los prejuicios que habían silenciado esa fecunda zona de nuestra realidad, fuente del imaginario popular, portadora de una visión del mundo y de una herencia musical que sigue dejando huella indeleble en lo que somos. Ortiz incorporó a la ciencia contemporánea su concepto de transculturación, de extraordinaria vigencia en nuestros días caracterizados por masivas migraciones.

Ortiz establece un análisis concreto del fenómeno identitario. Aspecto que se materializa en sus rasgos y valores, cuya singularidad se expresa en las particularidades nacionales y locales en su relación con el devenir histórico nacional, regional y global; cuestión que apunta hacia la percepción de la identidad como un proceso de interacción entre lo macro y lo micro en el ámbito sociohistórico.

La identidad cultural ha de ser explicada a partir de sus manifestaciones en la cotidianidad, donde puede interpretarse como una variable explicada o dependiente, cambiante en sus expresiones concretas: lenguaje, instituciones sociales, idiosincrasia, cultura popular, relaciones familiares, arte y literatura. Ellas están en función de un conjunto de variables independientes, entre las cuales resultan interesantes: el tiempo o momento histórico, espacio geográfico, estructura socioclasista, etnicidad, migraciones, género y generaciones humanas.

La identidad puede comprenderse como una diferenciación hacia afuera y asunción hacia adentro. Existe la identidad cuando un grupo humano se autodefine, pero es necesario que sea reconocido como tal por los demás. Es producto del devenir histórico y atraviesa distintas etapas; se reproduce de manera continua, se desarrolla, enriquece o debilita e incluso desaparece. Presenta distintos niveles de concreción, se refleja en la vida cotidiana y en la cultura popular y adquiere vuelos a través de la creación intelectual del grupo portador.

La identidad tiene una estructura dialéctica compleja. En este sentido, puede apreciarse que este autoconcepto emerge de una comparación y comprobación siempre antitética, referida a las diferencias y a las similitudes. Desde esta óptica, el fenómeno de la identidad, al establecerse socialmente, se manifiesta en una dinámica funcional cuya expresión implica la posibilidad de ser modificada, dirigida o reorientada.

La cubanidad no es reducible al etnos o a su relativa provisionalidad. Esto es, al modo histórico transitorio y con ingredientes fugaces en que la unidad se fragua en los mestizajes. Como cualidad peculiar de la cultura de Cuba, se forma para Ortiz a expensas de los desgarramientos del etnos y de la aspiración a una forma o unidad superior, que lo trasciende en su cualidad provisoria y se revela en los orígenes y en su condición de futuridad⁹.

No podemos concebirla como un proceso estático. En ella convergen un grupo de factores que pueden llegar a destruirla, retrasarla o agregarle nuevos elementos, pero lo que la hace propia de cada nación es la forma peculiar y distintiva de su cultura con que se enfrentan estas situaciones.

En el proceso identitario de la cultura no pueden asumirse únicamente las expresiones de los logros, realizaciones y paradigmas. Junto a ellos han de situarse las utopías racionales y los errores que contribuyen a perfeccionar nuestro proyecto social.

En otro sentido, fue Fernando Ortiz quien aportó una de las más manejadas definiciones de la cubanidad:

La cubanidad es la calidad de lo cubano; lo cubano es un ajiaco. En realidad, para cocer el ajiaco hace falta el fuego; la pasión de Prometeo. Pero esa pasión no solo puede cocinar el ajiaco, sino algo más esencial: en lugar de una simple mezcla de elementos, crear una combinación nueva, una calidad nueva; esto es, un pueblo nuevo, una cultura nueva.¹⁰

Lo esencial es el resultado de fases y etapas diversas en la formación de nuestro pueblo. Ese fondo profundo que condiciona actitudes, aspiraciones, sentimientos, modos de ser y de vivir y, sobre todo, esa compleja

⁹ Fernando Ortiz: "Los factores humanos de la cubanidad", *Revista Bimestre Cubana*, vol. XLV, no. 2, 1940, p. 4.

¹⁰ Fernando Ortiz: "Los factores humanos de la cubanidad", *Revista Bimestre Cubana*, Vol. XLV, no. 2, 1940, p. 7.

amalgama que conforma lo más profundo de la mentalidad cubana. Profana, libérrima, alegre, fuerte, retadora y siempre situada en el límite de todos los límites. También es la necesidad de ser y la obligación de buscar su deber ser, porque de lo contrario sería su no ser. Esta resulta la razón por la cual Fernando Ortiz coloca como uno de sus rasgos definitorios no solo la conciencia de lo que significa ser cubano, sino la voluntad de serlo.

Es estudiar y conocer defectos y debilidades; reconocer la existencia de marginalidades creadas por las distorsiones acumuladas históricamente. Por ello podemos concretar que la cubanidad es no solo como la pasión por lo posible sino, como la idea de lo posible, la búsqueda constante del deber ser de una sociedad que nunca logra estar conforme consigo misma y que siempre se mueve con los latidos constantes del peligro. La identidad cultural, sintetiza los componentes de la evolución de los pueblos, que se concretizan y hacen suyos en las especificidades locales como exponentes de originalidad y autenticidad.

El volver a nuestras raíces, no significa detenerse solo en el concepto de identidad cultural para determinar los rasgos que permiten interpretar aquel sector de la actividad del hombre que se recoge o el establecimiento de los factores de la producción material y espiritual que se fijan en el término, sino hurgar en la profunda necesidad del rescate, defensa y desarrollo de la identidad de los pueblos latinoamericanos¹¹.

¹¹ Vivian Noblet: "Identidad cultural clave de la reflexión latinoamericana: Cuba", *Revista Caribeña de las Ciencias Sociales*, 2019, disponible en <http://www.eumed.net/rev/caribe/2019/09/identidad-cultural-cuba.html>